

César Aira

YO ERA  
UNA NIÑA DE SIETE AÑOS



INTERZONA



César Aira

**YO ERA  
UNA NIÑA DE SIETE AÑOS**



**INTERZONA**

## INTERZONA

---

Aira, César

Yo era una niña de siete años. -2ª ed.- Buenos Aires: Interzona Editora, 2011.  
96 p. ; 22x13 cm.

ISBN 978-987-1180-78-3

1. Narrativa Argentina. I. Título.  
CDD A863

---

Fecha de catalogación: 08/04/2011

© César Aira, 2005-2011

© interZona editora, 2005-2011  
Pasaje Rivarola 115  
(1015) Buenos Aires, Argentina  
[www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com)  
[info@interzonaeditora.com](mailto:info@interzonaeditora.com)

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Tapa y composición: Hugo Pérez

Foto de tapa: Guido Indij

Corrección: María Sofía Guilera

ISBN 978-987-1180-78-3

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

Libro de edición argentina

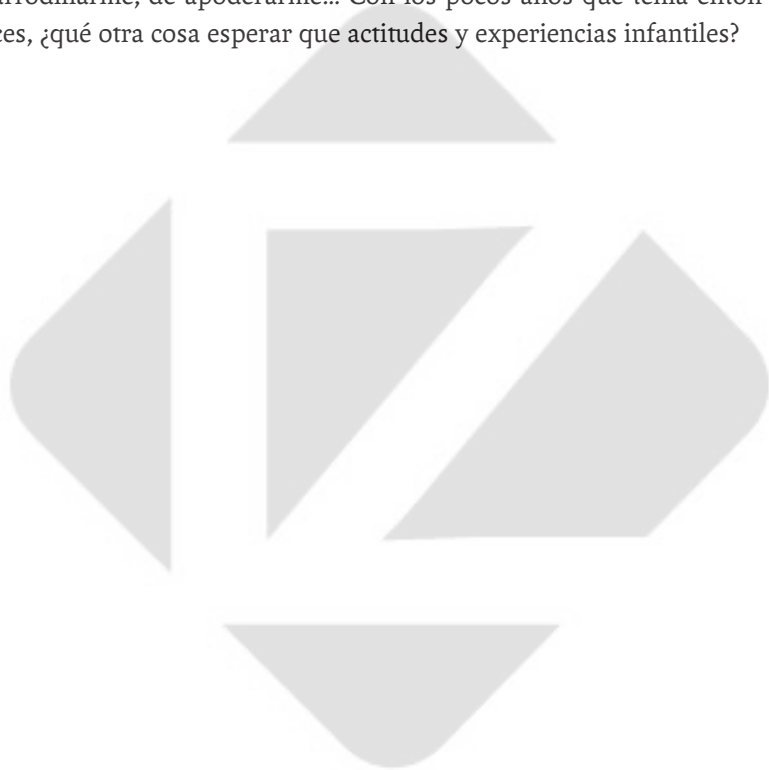
No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Yo era una niña de siete años, princesa de un país de cuento de hadas. Un día, paseando sola por el bosque, encontré una piedrita amarillenta, perfectamente circular, de un centímetro de diámetro, achatada. El color era hermoso, raro, no parecía natural, pero más hermosa era la superficie suavísima, como una perla pero un poco más brillante. La habría creído de plástico si en aquel entonces hubiera existido el plástico; como no era así, su belleza no tenía explicación. Me hincué a su lado, sin importarme que mi pijama chino de seda se ensuciara en las rodillas con la tierra y la hierba, y la estuve contemplando un momento, arrobada. ¿Cómo habría llegado allí? Qué hermosa era, qué suave, qué lujosa. ¿No sería un botón desprendido del traje de un dignatario extranjero? Quizás era una especie rarísima de hongo, un hongo de cristal de rocío. Fuera lo que fuera, me la llevaría para examinarla a mis anchas, y para acariciarla y serenarme cuando estuviera nerviosa, y para que me hiciera compañía siempre, como un amuleto.

Pero cuando la tomé, delicadamente, con el pulgar y el índice, cuál no sería mi sorpresa al sentir que mis dedos seguían de largo y la piedrita maravillosa se deshacía. ¡No era una piedra ni un botón ni nada que se le pareciera! No era sólida. Era una crema... Me quedé pasmada por la sorpresa, a la que siguió la desilusión y, por qué no decirlo, un poco de asco. Conservaba la superficie perlada y el color bello, pero no la circunferencia regular; ahora era un goterón roto y chorreante al que mi intento de apresar le había dado la forma de un ocho torcido, y además me había dejado los dedos enchastrados. Quién sabe qué materia asquerosa podía ser. Eso me pasaba por querer tocarlo todo.

Froté suavemente las yemas una contra otra. La crema era untuosa y fluida, no grasa. Me llevé los dedos a la nariz y olí: era un perfume suave, orgánico, con un regusto de muguet.

Mi curiosidad había sido infantil. Infantil desde el comienzo, desde el paseo por el bosque sin pedir permiso, infantil la busca de flores, piedritas, nidos, insectos raros, infantil el gesto de encontrar, de arrodillarme, de apoderarme... Con los pocos años que tenía entonces, ¿qué otra cosa esperar que actitudes y experiencias infantiles?



## II

Más tarde, un viento fuerte vació de nubes el cielo, y después de la cena salimos a las terrazas del palacio a contemplar el prodigioso espectáculo que nos ofrecía el firmamento. Millones y millones de lunas brillaban y parpadeaban en lo negro del universo sin fondo. Formaban figuras, constelaciones, caminos y regueros, hacia los que se elevaban nuestras exclamaciones maravilladas. Lunas llenas, crecientes, menguantes, en todas sus fases, agrupadas en haces apretados o solitarias, algunas tan lejanas que eran un punto de palidez trémula, otras más cercanas palpitando agresivas en el cenit.

Era una visión rara en nuestro país lluvioso. Yo descubría el cielo y sus arcanos luminosos. Excitada, corría de un extremo a otro de la terraza, con la vista fija en lo alto, tropezando con las piernas de los presentes y los muretes almenados, apuntando con el dedo y gritando mi admiración y mis preguntas.

—¿Cómo se llama ésa? ¿Cómo se llama aquélla?

El Conde Luna, quizás comprometido por su título, se sentía obligado a responderme, pero lo hacía sin convicción y sin conocimientos seguros.

Parecía que estaba inventando.

—La Guerra. La Paz. El Amor. La Botella de Leche.

Mi nodriza quiso aliviarle el trabajo, que se volvía pesado, e intercaló una observación sensata:

—No todas tienen nombre.

Pero yo era implacable como todos los niños:

—¿Hay lunitas sin nombre? ¿Por qué? ¿Nadie las quiere? ¿Puedo ponerles nombre yo? ¿Eh? ¿Puedo? ¿Puedo?

Mi padre, el Rey, que se había mantenido en silencio, suspiró de pronto, la vista fija en las lunas titilantes. Nosotros también las miramos, volvimos a mirarlas, a esas abigarradas configuraciones de polvo de lunas microbios. Por efecto del suspiro regio las veíamos distintas, nos preguntábamos qué veía en ellas mi padre, qué historias de su linaje ancestral perdido en las circunvoluciones impredecibles del cosmos. Era como si la responsabilidad inherente a un Rey alcanzara a las pequeñas vagabundas de la noche.

No me duró mucho el arrobó. Pronto había reanudado mis carreras y gritos. Con el instinto de un animal del día, adivinando el acecho del sueño, quería aprovechar cada momento. La gran membrana negra se desplazaba sobre arcos aceitados de silencio. A pesar de su incontable profusión, las lunas no iluminaban el paisaje. Las montañas a lo lejos eran perfiles recortados sobre la tiniebla.

Hubo una suspensión de silencio. Extinguido su suspiro, el Rey volvió a inhalar con un resoplido. Para mí, mi padre era un gran oso hecho de espasmos peludos, de soberanía mítica y pensamientos impenetrables.

Pero una claridad sospechosa reptaba sobre nosotros. Venía de atrás del torreón a nuestras espaldas, y entonces toda la compañía se desplazó hacia la esquina de la terraza, los caballeros haciendo traquetear los herrajes de sus armaduras, las damas balanceando las enormes copas invertidas de sus faldas, y yo a la cabeza de la comitiva corriendo como una ardilla.

Desde allí pudimos verla, a la estrella, deslumbrante de luz fría, de un blanco de rosa de plata, sus mil puntas dibujadas sobre el negro más aterciopelado. Ya estaba alta, por encima de las cumbres del horizonte, y seguía subiendo, apartando las lunas a su paso. Ahora sí, la noche estaba completa.



### III

Yo siempre quería probarlo todo. Todo. No se me escapaba nada. Era un caso extremo de “culo veo, culo quiero”. Supongo que es una característica de todos los niños, pero en mi caso ya se había vuelto un rasgo casi exhibicionista. Podía haber algo en mi personalidad que exacerbaba la curiosidad natural de la infancia, aunque seguramente mi posición en la corte había contribuido. En el castillo no vivía ningún otro niño, lo que me hacía el foco de todas las miradas y atenciones. Tanto me habían celebrado el personaje de “la pequeña probadora” que me había encariñado con él y me hacía un deber de pulirlo y magnificarlo, al punto de volverme exhaustiva. Nos sentábamos a la mesa, y mis ojitos se encendían saltando de plato a fuente, de fuente a copa, de copa a salsera... Se producía un suspenso, todos adivinaban lo que me proponía, y yo no los defraudaba. Algunos todavía trataban de disuadirme: “No, no te va a gustar” o “No es para criaturas”, pero sabían de antemano que sus palabras eran un estímulo extra, y mis repentinas muecas de asco hacían resonar las carcajadas en las bóvedas del comedor. Aunque debo aclarar que esas muecas eran raras, una perla en el entretenimiento cortesano, porque me gustaba todo; o mejor dicho, el intelecto podía más que el gusto, y aun al bocado más raro le encontraba reminiscencias clasificatorias que me hacían apreciarlo, y lucir presuntuosamente ese aprecio. Me había hecho una pequeña fama, de las que hacen tan felices a los niños, siempre ansiosos por hacerse notar. No sólo el círculo íntimo estaba al tanto de mis maniobras, y las esperaba y comentaba: también los funcionarios, los embajadores, y hasta los dignatarios extranjeros que

nos visitaban. Las grandes cenas de aparato con las que se agasajaba a los huéspedes de postín eran mi campo de acción favorito, y no sin motivo; porque entonces la cocina turca lucía toda su inabarcable variedad de platos, en un despliegue simultáneo que me obligaba a multiplicarme. La presencia de extraños, entre los que podía haber financistas, astrólogos, premios Nobel, presidentes o testas coronadas, no me arredraba, lejos de ello. A sabiendas del papel destacado, muchas veces central, que iba a desempeñar en la función, me vestían y peinaban con especial esmero. Hermosa, pizpireta, ingenua, con una sonrisa que vencía cualquier severidad, todo me estaba permitido. Y si por casualidad un resto de timidez, que era una coquetería más, me detenía, papá allá en la cabecera salía de su ensimismamiento habitual y me animaba con una sonrisa. En fin, que mi pequeña comedia se repetía a cada ocasión en que nos sentábamos a comer. Lo hacía en parte por seguir cultivando mi papel, con exageraciones teatrales, para que nadie se privara del espectáculo; pero también lo hacía en serio, porque me gustaba y sentía una auténtica curiosidad por las comidas nuevas y raras, por las bebidas de colores diferentes, porque no quería que nada pasara a mi lado sin probar.

Puede parecer anacrónico, pero papá tuvo que emplear, como los reyes de antaño, un probador de alimentos. La amenaza de envenenamiento, si bien vaga e hipotética, no podía descartarse; su personal de seguridad se lo recomendó, una vez que se confirmaron los rumores sobre infiltraciones en nuestra sociedad de elementos disolventes provenientes de los agresivos señoríos ultramontanos, y él no tuvo inconvenientes en obedecer; de hecho, era el primero en querer incorporar a su cortejo todas las figuras tradicionales de la fábula del poder.

El elegido para la función fue un hombre llamado Próspero, serio, callado, insignificante a su manera, bastante misterioso. ¿De dónde había salido? De un severo filtro por el que pasaron todos los postulantes al puesto. Lo habían sometido a una serie de exámenes, y evidentemente había sido aprobado. No cualquiera podía hacer el trabajo. Su

contextura, peso, estado físico, antecedentes e historial clínico tenían que ser los justos, de acuerdo con las peculiaridades físicas de papá, de quien era el banco de prueba. Alguien había sugerido, de acuerdo con un razonamiento que parecía inobjetable, que debería usarse como probador a un ser vivo de la más extremada fragilidad, en el que los efectos de un veneno se manifestaran antes y con más fuerza. Por ejemplo un perro chihuahua. ¿Pero cómo hacerle comer a un perro la variedad de carnes, guisos, pasteles, helados que constituían la dieta habitual del Rey? ¿Y los alcoholes, los téis, los cafés? Era imposible. Entonces, siguiendo la misma lógica de fragilidad y efecto acelerado, ¿por qué no usar a un niño, o a un adolescente enclenque? (Ahí todos pensaron en mí, por una comprensible asociación de ideas.) Pero no era la solución. Los débiles tenían defensas que los fuertes podían no tener, y cuanto más se diferenciaban las constituciones del protector y el protegido, más dudoso sería el resultado de la prueba. De modo que la elección recayó en este cuarentón flaco y sombrío que, si el diagnóstico estaba bien hecho, era el perfecto doble orgánico de papá, a cuyo servicio ponía, con riesgo de su vida, un ligero adelantamiento del metabolismo.

Próspero era un personaje fascinante para mí. Desde que tenía uso de razón lo veía en la mesa en todas nuestras comidas, como presencia infaltable; los demás podían estar ausentes por un motivo u otro, por inapetencia o enfermedad, o por dormir hasta tarde o haberse ido a acostar temprano. Él siempre estaba, y desde un buen rato antes que todos los demás comensales. Nunca hablaba. Yo no era la única en haber creído, durante años, que era extranjero y no entendía nuestro idioma. Era el único que no celebraba mis gracias en la mesa. Ahí también tardé años en caer en la cuenta de que hacíamos lo mismo, salvo que él lo hacía antes y yo después; él lo hacía en la esfera estatal, yo en la muy privada del capricho consentido. Y yo decía “me gusta” o “no me gusta”, “qué rico”, “qué feo”, “qué picante”, y él no decía nada; yo, hablaba sin cesar y él permanecía en silencio. Lo único que tenía que decir era que seguía vivo, y no necesitaba decirlo.

Con el paso de los años, llegó a darse otra relación entre nosotros dos. La raíz asiática de nuestra gastronomía preconizaba una innumerable acumulación simultánea de platos distintos que el curso de las estaciones y la rotación del personal de cocina variaba al infinito. Mi paladar curioso encontraba amplio campo de acción en la mesa regia, y mis hábitos, tan comentados, no pudieron dejar de llegar a las cocinas, inspirando subdivisiones, mezclas, glaseados y condimentos de manera de estimularme y relanzar mi juego. Pero cada una de mis degustaciones se repetía en Próspero, en una rigurosa simetría anticipada, un poco mecánica y, bien mirada, siniestra.



## IV

Mi papá había embellecido con los años. La madurez le había dado una dignidad, una prestancia, muy de rey, de rey antiguo. Y no es que fuera viejo: tenía cincuenta y cuatro años. Hasta poco antes había cultivado un aire adolescente que lo rejuvenecía. Esto yo lo supe por las fotos y los comentarios que oía. De repente, asumí su edad, y con ella, ese aplomo y esa distancia teñida de melancolía que iban tan bien con su papel regio. Mi juicio, por supuesto, no era imparcial, porque yo lo adoraba como a un dios. Aun así, podía percibir las ondas de respetuosa admiración que emanaban del trono, y habría sido difícil decidir si era éste el que dignificaba al hombre, o al revés. Era uno de esos casos en que la imagen viene a coincidir con el destino, por caminos legendarios, desde muy lejos, dando un largo rodeo.

Porque mi papá no siempre fue Rey. La monarquía turca en Vizcaya era de reciente creación. Él mismo se había hecho rey, por el vigor de su imaginación, y también y sobre todo por un grandioso sacrificio personal.

Todo empezó donde tantas historias terminan: con una boda. Hay un dicho que es cierto, tanto en este mundo como en el otro: el matrimonio es una lotería. El de mis padres fue un número perdedor, lo que no tiene nada de raro: de cuarenta mil números, uno solo gana, todos los demás pierden. Es cierto que hay segundos premios, terceros, cuartos, y progresiones y terminaciones con las que se puede al menos recuperar el costo del billete (aunque no habría que llevar demasiado lejos la metáfora). Alguno de estos premios consuelo debió de tocarle a mi papá, para que aguantara tanto tiempo; o quizás ni

siquiera necesitó eso. Era un santo, o, en lenguaje común, un infeliz. Demasiado tarde descubrió que se había casado con una psicóloga sin título, que había engañado a todo el mundo, él incluido, con su belleza y desenvoltura. Posaba de lacaniana, de sistémica, de *avant garde*, y en realidad era una falsificadora. Había forjado los diplomas que cubrían las paredes de su consultorio, además de mentir la edad, el color de pelo y las cirugías. Cuando la denunciaron, se vino abajo con todo. No tenía las reservas espirituales necesarias para rehacerse: frívola, chillona, superficial, una vez que se le cayó la careta que se había inventado, no le quedó nada. Por supuesto, culpó al marido (era un caso clásico), y como en realidad no tenía de qué culparlo, lo culpó de todo. No volvió a encontrar ningún motivo para vivir (tampoco lo buscó) salvo el de crearle un calvario incomparable a papá. Él era el responsable universal de todo lo malo, sin excluir lo bueno, que se volvía malo de sólo mencionarlo; su pobre esclavo que cocinaba, lavaba, planchaba y enceraba era la fuente generadora del Mal; cocinaba mal, lavaba mal, planchaba mal, y enceraba demasiado o demasiado poco. ¿Histeria? Desde ya. Todas las mujeres somos más o menos histéricas. Pero lo de ella iba más allá. Sus letanías interminables terminaban con la consabida pregunta: ¿por qué se había casado con él? No era del todo una pregunta retórica, y habría merecido una respuesta. Nadie la obligó, y la disparidad de condiciones hacía improbable y hasta inverosímil ese matrimonio: era ella mucho mayor que él, provenía de otro ambiente, del mundo fosforescente de las celebridades, era ambiciosa, apasionada. ¿Por qué iba a casarse con un oscuro soñador incompetente? Decía que él la había engañado. Puede ser. No soy quién para abrir juicio. ¿O se habría casado, previendo que su mascarada no podía durar, para tener alguien a mano con el que descargar? No creo. Yo la quería, nací queriéndola, aunque más no fuera por haber heredado su belleza.

Se habían visto reducidos a vivir del sueldito de papá, que era empleado de oficina, de esos empleados abyectos y abrumados por una rutina de la que sueñan escapar y que los va demoliendo poco a poco.

Su subalternidad casi masoquista lo había conservado joven, o al menos delgado, pero ya se empezaba a marchitar, a encorvar, y su sonrisa era tristísima.

Diez años soportó este tratamiento. Y entonces dijo basta. Se le presentó la oportunidad de vender su alma a las potencias sobrenaturales, a cambio de poder hacer realidad todos sus deseos. No vaciló un instante. Por primera vez en su vida (y última, lamentablemente) puso su precio en la balanza, a sabiendas de que no era su precio personal, no eran los ahorros de sus cuarenta años de fracaso, sino la moneda humana de la que era el tímido testafarro.

Con todo el dinero del mundo, que no tenía más que desearlo para tenerlo, compró una hermosa casa, la amuebló lujosamente, llevó a su esposa a los mejores restaurantes, le compró ropa, joyas, un auto importado, le puso chofer, cocinera, mucamas, masajista, la llevó a París, a Nueva York, a Egipto, a grandes hoteles... ¡A ver si seguía quejándose!

Para su inmensa sorpresa, las quejas siguieron, y hasta se acentuaron y se hicieron más amargas. Fue peor que antes, porque antes él podía decirse “Bueno, pobre Irene, tiene derecho a quejarse porque no le he dado nada”. Pero ahora se lo había dado todo y no había servido de nada. Y ese todo él lo había pagado con lo más valioso que tenía, con lo único valioso que tenía: su alma.

Papá tiene una personalidad muy especial, eso hay que reconocerlo. Y una manera de actuar que es propia de él. Cualquiera otro, teniendo a su disposición la fuente de los deseos, habría pedido que su esposa insoportable reventara en un accidente; o en todo caso, si quería quedar bien con su conciencia, que le cambiara el carácter. Él no. Él prefirió seguir subiendo la apuesta.

Ahí fue donde aparecí yo. Entre los muchos motivos de queja de mamá estaba la falta de hijos. Pues bien, la fuente inagotable me produjo a mí, la niñita más hermosa que una madre hubiera querido tener. Pero eso tampoco la calmó, al contrario, se puso peor que nunca, ya directamente en un frenesí de recriminaciones. No sirvió de nada

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en [www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com) y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

**interZona** es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

# INTERZONA